

# Análisis de la narrativa libertaria: ¿cómo se vuelven “novedosas” ideas conservadoras?

Analysis of the libertarian narrative: how do conservative ideas become “novel”?

Ailén Laura Rey<sup>1</sup>

## Resumen

El presente trabajo intenta llevar a cabo una reflexión crítica sobre la narrativa libertaria para pesquisar las estrategias tácitas con las cuales consigue revitalizar ideas conservadoras en el imaginario social. En la primera parte del artículo se desarrollan las principales características del pensamiento libertario; a saber, el uso retórico de las falacias argumentativas; la *performance* políticamente incorrecta; el moralismo y la demonización de los movimientos de izquierda; el rechazo hacia la “casta política” y la defensa de una suerte de liberalismo *ad hoc*. Luego, se analizan los supuestos subyacentes dentro del discurso libertario que resuenan con aspectos de las subjetividades contemporáneas donde logra germinarse un pensamiento (neo)conservador. Dicho análisis se basó en tres ejes: el horror a la decadencia moral y la subversión de roles; el apoliticismo y rechazo hacia las figuras políticas; y, por último, el individualismo extremo y el enaltecimiento de una libertad dependiente de las lógicas del mercado. Se reflexiona acerca de cómo dichos aspectos son instrumentalizados por el libertarismo para recomponer, en definitiva, la hegemonía del proyecto neoliberal.

426

**Palabras clave:** narrativa, libertarismo, neoconservador, subjetividades contemporáneas.

## Abstract

The present work tries to carry out a critical reflection on the libertarian narrative to inquire the tacit strategies used to revitalize conservative ideas in the social imaginary. The first part of the article describes the main characteristics of libertarian thought; namely, the rhetorical use of argumentative fallacies; politically incorrect performance; moralism and demonization of leftist movements; the

**Recibido:** 1 de abril de 2022 ~ **Aceptado:** 8 de junio de 2022 ~ **Publicado:** 20 de julio de 2022

<sup>1</sup> Psicóloga. Jefe de Trabajos Prácticos en la Facultad de Psicología, Universidad Nacional de Rosario (UNR), Rosario, Argentina. Correo electrónico: r.ailenlaura@gmail.com  <https://orcid.org/0000-0003-0253-0817>

rejection of the "political caste" and the defense of an *ad hoc* liberalism. Then, it's analyzed the underlying assumptions within the libertarian discourse that resonate with aspects of contemporary subjectivities where a (neo)conservative thought can develop. Said analysis was based on three axes: the horror of moral decadence and the subversion of roles; apoliticalism and rejection of political figures; and, finally, extreme individualism and the exaltation of a freedom dependent on the logic of the market. It reflects on how these aspects are used by libertarianism to recompose, ultimately, the hegemony of the neoliberal project.

**Keywords:** narrative, libertarianism, neoconservative, contemporary subjectivities.

## 1. Introducción

En los últimos años, hemos sido testigos del avance de una agenda internacional, orquestada por redes de corporaciones de diversa índole y proyectos políticos que venden el último modelo de los paquetes de políticas económicas neoliberales. Con el mejor uso de los *bots* y el algoritmo en las redes sociales, junto con el *marketing* a través de *youtubers* que se dicen "apolíticos"<sup>2</sup>, se viene instalando una narrativa que decora el pasado con nostalgia y hace resurgir ideas conservadoras bajo consignas que reivindican una supuesta libertad que, en realidad, tiene como finalidad atentar contra las luchas colectivas. Sorprende este resurgimiento de debates que se creían ya saldados cuando estos colectivos, con derechos vulnerados, comenzaban a ser aceptados por una gran mayoría de la población. Dado este "retorno al pasado", que busca frenar el avance de las luchas sociales, nos proponemos reflexionar sobre las subjetividades "captadas" por el discurso libertario a partir del análisis de su retórica.

Cabe aclarar que nos referimos al libertarismo del nuevo milenio (distinto a otros movimientos libertarios que hasta podrían ser catalogados de izquierda), más de tinte minarquista, que forman parte, junto con otros grupos negacionistas y de extrema derecha, de lo que se ha denominado como "ola conservadora" o neoconservadurismo. Vásquez Salazar (2020) la define como el proceso de restauración de las fuerzas conservadoras en distintos países latinoamericanos, que

427

<sup>2</sup> En base a la Resolución N° 662 19 dictaminada por la Universidad Nacional de Rosario, en este escrito se utiliza el lenguaje inclusivo a fin de apelar a una representación equitativa en lo textual y discursiva que no solo incluya a las mujeres, sino también a las identidades de género no binarias.

precede a los gobiernos de la llamada *pink tide* o “marea rosada”<sup>3</sup> de principios del siglo XXI. Esta expresión alude a la percepción del avance de partidos políticos y la ideología de izquierda en América Latina (Roa, 2016), a partir del “modelo K” en nuestro país, así como de otros gobiernos calificados de “populistas” en el resto de los países del Cono Sur, a saber, Hugo Chávez, Evo Morales, Rafael Correa, entre otros. A raíz de esta “vuelta a la izquierda”, se vociferaba el “fin de la hegemonía neoliberal”, sin embargo, lo que aconteció fue un trance hacia la recomposición de la hegemonía del proyecto neoliberal, de sus ideologías y prácticas, mediante la re-emergencia de discursividades y reconfiguración en el interior del mismo (Puello-Socarrás, 2013). En base al modelo de redes *think tanks*<sup>4</sup>, el neoliberalismo emprende una “batalla cultural” contra las fuerzas opositoras hacia su régimen, tanto partidos políticos como activismo de minorías sociales<sup>5</sup>, impregnando al imaginario social de un discurso de odio y negación de la otredad.

Este nuevo libertarismo, como pieza clave en la recomposición de la hegemonía neoliberal, será el objeto del presente escrito. Nos adentraremos en las lógicas discursivas de su narrativa para comprender cómo logran renovar ideas conservadoras y conseguir una considerable adherencia en sectores medios y subalternos de nuestro país, que bien son perjudicados por este tipo de programas económicos. Para ello, llevaremos a cabo, en primera instancia, un análisis de las principales características del libertarismo, para luego focalizarnos en aspectos subyacentes de su discurso que han logrado atraer a gran parte de las subjetividades contemporáneas.

428

## 2. Características del pensamiento libertario

El discurso libertario resulta difícil de ser categorizado. Sus cultores oscilan entre citas de autores del mundo académico y aseveraciones propias del sentido común, que expresan con su ya conocida vehemencia. Ese lenguaje informal que

<sup>3</sup> Se habla de “rosada” porque estos gobiernos emplearon medidas similares al socialismo, por lo que este regreso de la izquierda sería más bien moderado a comparación de otras épocas. Lejos de transformar el modelo neoliberal, se limitaron a realizar reformas, manteniendo su núcleo duro intacto (Puello-Socarrás, 2013).

<sup>4</sup> Los *think tanks* son unidades que combinan módulos de consulta, experticia, lobby o apoyo activo, que trascienden, por demás, a las funciones típicas de consultoras. Las redes *think tanks* proporcionan una infraestructura crucial y una capacidad de transmisión cada vez más profesional para sus intereses políticos de clase, promoviendo el discurso neoliberal en distintas partes del mundo con el propósito de frenar el avance del “populismo” e “intervencionismo” (Fischer & Plehwe, 2013).

<sup>5</sup> Si bien consideramos que este concepto no es del todo representativo de los movimientos afrodescendientes, indígenas, feministas, de trabajadores y trabajadoras, entre otras, ya que, bajo ninguna circunstancia, podrían ser catalogados de “minorías” en la actualidad. Recurrimos a esta terminología porque, por el momento, es la más cercana para ilustrar a los colectivos cuyos derechos se encuentran vulnerados por los grupos sociales dominantes.

decora su discurso, aunque pueda parecer un descuido de sus referentes y referentas, lejos está de serlo, ya que constituye el núcleo de su retórica. En efecto, el pensamiento libertario combina una serie de conceptualizaciones provenientes del ámbito académico, concretamente de la escuela liberal austríaca, junto con un arsenal de estrategias retóricas provenientes de la lógica computacional, así como una *performance* de descaro que busca, intencionadamente, ser “políticamente incorrecto”. Indudablemente, conforma una quimera que, para muchos, nos puede parecer un sinsentido, sin embargo, es en esos elementos polifacéticos de discurso donde versa su actual popularidad.

A continuación, desarrollaremos algunas de las características más peculiares del libertarismo para, de ese modo, comprender en dónde recae el “encanto” de su pensamiento en los tiempos que corren:

- **Uso de las falacias argumentativas:** es habitual ver su señalamiento en el discurso libertario como forma de “desmantelar” las afirmaciones de sus contrincantes. Esto obedece a las reglas de la retórica. En un conflicto de argumentación, un razonamiento “derrota” al otro en tanto resulte mejor en el criterio de comparación utilizado (Martínez & García, 1999). En base a esta lógica, les libertaries emplean el señalamiento de falacias para “derrotar”, o mejor dicho, descalificar los argumentos de sus adversaries.
- **Actitud políticamente incorrecta:** la estrategia retórica de conducir la discusión al plano abstracto forma parte del aspecto intelectual del discurso libertario. No obstante, nos encontramos también con una puesta en escena en donde oscilan un lenguaje académico con un lenguaje informal e intencionalmente inapropiado, vale decir, políticamente incorrecto. Incluso, puede ausentarse el aspecto formal – principalmente en referentes o referentas que no forman parte del mundo académico – pero la actitud en contra de la corrección política es constante en la mayoría de sus representantes.
- **Moralismo:** paradójicamente, junto a la *performance* políticamente incorrecta, aparece una defensa de la moralidad de la mano de la famosa “batalla cultural” que esgrimen les libertaries contra la izquierda, categorizada como “marxismo cultural”. La noción de moralidad de su narrativa tiene una aseveración judeo-cristiana – no olvidemos que muchos dirigentes de partidos libertarios tienen estrechos vínculos con organizaciones cristianas<sup>6</sup> – no

<sup>6</sup> Tal es el caso del libertario de ultraderecha, Jair Bolsonaro, y su relación con la Iglesia Universal del Reino de Dios, cuyo apoyo fue clave en su victoria electoral en las elecciones presidenciales de Brasil en 2019. Esta organización, junto con elites bancarias y otros grupos neoliberales de ultra-derecha, impulsó la creación de milicias neo-fascistas, llamadas Guardianes del Altar; un “ejército de dios” encargado de “combatir al

obstante, se subvierte el término para desplazarse al campo político-económico, en donde se responsabiliza a los movimientos de izquierda de la “decadencia moral” de nuestra sociedad. Por ende, para conseguir adherencia de su audiencia, la narrativa libertaria invocará la nostalgia de ese pasado donde reinaban las “buenas costumbres y valores”.

- *Re-hash* de la Guerra Fría y el rótulo comunista: como señalamos, a la izquierda se le atribuye toda responsabilidad del declive moral que se vive en los tiempos contemporáneos. Esa sentencia forma parte de un retorno al pasado que resucita muertos de la Guerra Fría, con la figura del endemoniado “comunismo”. La retórica libertaria engloba, con ese renovado rótulo, tanto a las minorías sociales como a los partidos políticos opositores que, aclaramos, comprende el continuo de ideas y políticas de izquierda, centro e incluso de derecha que son similares a sus propios objetivos. El argumento que sostiene esta aglomeración es que esas corrientes políticas forman parte del mismo principio de intervención estatal que se desplaza de derecha a izquierda, pero en distintas escalas, es decir, en diferentes niveles de “comunismo” (Milei, 2019).

Sin embargo, la configuración de este conglomerado no descansa en un mero ataque a sus opositores. Convertir al “comunismo” en el monstruo a enfrentar, como lo fue durante la Guerra Fría, implica transformar a una alternativa política y económica en una verdadera amenaza para nuestra sociedad, en particular, anudado a lo mencionado previamente: el declive moral del cual supuestamente sería responsable. En el pensamiento libertario, la izquierda se asocia a la regulación del mercado, a la intrusión en las libertades individuales y a la ausencia de restricciones morales (De Jesús Mendoza Venegas, 2021). Los dos últimos aspectos son los que la vuelve un peligro social que, por asociación, confluye en el primer aspecto – tal vez el único rasgo que realmente lo caracteriza – que es la regulación estatal. De esa manera, la demonización comunista de la Guerra Fría se proyecta hacia cualquier política de intervención estatal.

- Odio hacia la “casta política”: El resquemor hacia cualquier política estatal encuentra su base en el apoliticismo. La crisis de representatividad política y apatía política que venía gestándose desde los 90’ es absorbida por el discurso libertario para proyectar ese descreimiento, e incluso rechazo, al aparato estatal en su conjunto. La “amoralidad” se despliega a las funciones básicas del Estado, donde el cobro de impuestos se convierten en un robo (Milei, 2019), es decir, su accionar esperable se vuelve un crimen. No se están juzgando

---

demonio” (vale decir, atees o miembros de la comunidad LGTB+) en varios países del continente (León, 2018).

a figuras políticas que cometen actos de corrupción, se ataca al Estado como entidad de organización política y social. Su existencia se vuelve una “amoralidad” en sí misma, por ende, se debe restringir y limitar su accionar (lo que se traduce, entre otras cosas, en el desfinanciamiento de políticas públicas). Es en este ataque al Estado que el mercado se enaltece como el nuevo regulador de las conductas humanas, propias de un pensamiento liberal austriaco.

- Liberalismo *ad hoc*: el “salvador” del declive moral y social, de las garras de un “comunismo” demonizado y un Estado cómplice, es ese “liberalismo” que se viste de novedoso aunque no prometa más que un paquete de recetas económicas bien conocidas. Este “liberalismo”, dentro del discurso moralista de la narrativa libertaria, se rige bajo la premisa de que el sujeto es capaz de auto-regular sus necesidades, por lo que no se justificaría la intervención estatal o ésta debiera limitarse a establecer reglas aplicables a tipos generales de situaciones (Hayek, 2007). Si bien esta premisa es harto frecuente en el pensamiento neoliberal, la narrativa libertaria logra darle una apariencia “innovadora” en un plano conceptual. Bajo su lógica, se diferencian del “neoliberalismo” o incluso niegan que exista el mismo, ya que, para ellos, jamás hemos transitado el “liberalismo” propiamente dicho<sup>7</sup>. Hablarán, más bien, de un “liberalismo clásico”, como una suerte de “falso liberalismo”, asociado al “conservadurismo” que busca mantener su preponderancia mediante el aparato del Estado (Milei, 2019). En este sentido, al lograr insertarse en el aparato estatal, es como si ese “liberalismo” hubiera perdido su “esencia”. De este modo, el discurso libertario puede hacer que su propuesta se profile como novedosa y diferente del modelo conocido, aun cuando no lo es. En realidad, opera como una suerte de hipótesis *ad hoc* que intenta salvar un modelo económico que ha sido arduamente cuestionado y cuyas nefastas consecuencias socioeconómicas son parte de la memoria colectiva de muchos países del continente. El libertarismo busca reactualizarse en nuevas formas discursivas para poder reciclarse y, en este caso, lo hace a través de la nostalgia del pasado, una vuelta al “verdadero y auténtico liberalismo”.

<sup>7</sup> Aquí nos encontramos con algunas contradicciones dentro del discurso libertario, puesto que, en algunos casos, sus referentes y referentas reivindican ciertos dirigentes y mandatos de nuestro país. Con recurrencia, aluden al periodo de expansión económica de Argentina a finales del siglo XIX y principios del SXX, aunque no mencionan que se caracterizó también por el fraude electoral, la concentración de riquezas de las oligarquías terratenientes y el crecimiento de la marginalidad rural y urbana. Más cercano a los tiempos actuales, les libertaries suelen también defender el menemismo y la política de convertibilidad de Domingo Cavallo, a pesar de que sus efectos socioeconómicos bien explican el desencadenamiento de la crisis del 2001. En el enaltecimiento de estos periodos, y su supuesta diferencia con los gobiernos neoliberales más recientes, sacan provecho de la amnesia colectiva para recomponer la hegemonía del modelo neoliberal.

Estos son algunos de los aspectos que hemos destacado de la narrativa libertaria, que lejos se encuentra de agotar todos sus matices. No obstante, aspiramos al recorte de estas aristas, principalmente por los supuestos que subyacen para “captar” a un público contemporáneo. Si bien este movimiento goza de un financiamiento económico<sup>8</sup> y acceso a vías de comunicación masiva que le permite difundir su discurso a escala global, las ideas que propone, con su tinte conservador, germinaron en un “terreno fértil” que permitió su resurgimiento.

### 3. Sujetos-blanco de las narrativas libertarias

A pesar de disfrazarse de un discurso académico, mediante los sistemas argumentativos y la teoría económica liberal de la escuela austriaca, es claro que la narrativa libertaria no se dirige a la comunidad científica – que, de hecho, bien podría cuestionar la estructura y el contenido de gran parte de sus afirmaciones – sino que, más bien, su retórica se configura para un público general. Esto se evidencia, claramente, en el siguiente fragmento del libro de Javier Milei (2019), “Libertad, libertad, libertad: para romper las cadenas que no nos dejan crecer”:

En ese contexto, y en especial luego de la paliza que Hayek le propinó a Keynes en el debate sobre “El Tratado sobre el Dinero”, volvió a cometer un error: menospreciar el impacto que podría tener un pésimo libro, pero escrito en favor de políticos mesiánicos, ladrones y corruptos. Tenía buenas razones, ya que el libro de Keynes es basura desde el punto de vista teórico; Hazlitt sostiene, con razón, que en él todo lo bueno es robado y todo lo nuevo es malo. Keynes levanta ideas mercantilistas y socialistas, gestando una mezcla tremendamente espantosa. Hayek decía que el libro era tan malo que ni siquiera valía la pena discutirlo; además, después de haber refutado duramente a Keynes cuando le formuló su crítica al Tratado sobre el Dinero, en el intercambio epistolar entre los dos, en cierto momento Keynes señala que no sabe qué hace discutiendo eso con Hayek; ya que ya no piensa de esa forma (p.4).

432

---

<sup>8</sup> Aunque no se podría estimar con precisión el financiamiento recibido por los grupos o partidos libertarios, son de público conocimiento los vínculos que sus principales representantes tienen con la Fundación Libertad y la Fundación Atlas para una sociedad libre, ambas con sede en nuestro país. Siguiendo el estudio de Fischer y Plehwe (2013), estas fundaciones son parte de la Red Liberal para América Latina (RELIAL), que, a su vez, está vinculada con Atlas Network. Atlas opera como un nodo central de transmisión de fondos, personal y demás recursos abocados al flujo transnacional de ideas y políticas neoliberales. Su directorio global incluye 448 instituciones distribuidas por distintos países del mundo, incluido 79 think tanks latinoamericanos, que han recibido más de 600.000 dólares en forma de premiaciones, becas, incentivos, entre otras.

Si prestamos atención a la estrategia discursiva de este segmento, vemos la abundancia de adjetivaciones y términos peyorativos en un supuesto debate académico. Asimismo, no se presenta ningún tipo de prueba o fundamento que sostenga semejantes insultos a la obra de un prestigioso economista como John Maynard Keynes. Lo que busca, en todo caso, es disfrazar esta opinión personal con un “aura intelectual” de la que carece. De este modo, la audiencia se envuelve en un *argumentum ad verecundiam*<sup>9</sup>, validando sus decires por su supuesto perfil académico, aunque sus argumentos carezcan de rigor.

Ahora bien, este estilo agresivo del discurso libertario, recurrente en sus referentes, lejos está de ser su falla: es, como señalamos anteriormente, parte de su encanto. Sus palabras no se dirigen a la comunidad científica, sino a las personas comunes, quienes encontrarían por demás aburrida la exposición de fuentes y estadísticas para validar sus puntos de vista. No buscan los datos de los oradores y oradoras libertarias, por el contrario, quieren ver su actitud opositora desafiante. La bronca, el desgano y la apatía que caracteriza a los sujetos de la modernidad líquida, fruto de las crisis institucionales y de las caídas de los grandes relatos modernos, encuentra en la *performance* de las libertaries cierto atractivo, ya que en ellos pueden proyectar el cinismo y resentimiento social vivenciado.

De esta manera, buscaremos reconocer aquellos supuestos subyacentes del pensamiento libertario que resuenan, intencionadamente, en aspectos de las subjetividades contemporáneas que conforman ese mencionado “terreno fértil” para la aprehensión de ideas neoconservadoras, a saber, el horror al declive moral, la apatía política y el enaltecimiento del individuo y su falsa libertad.

433

### 3.1 Decadencia moral y subversión de roles

El proceso de hiper-individualización alimentó, en el imaginario de la sociedad actual, la idea de un *laissez faire* con ausencia o pérdida de los “buenos valores y costumbres”, que habilita cualquier tipo de conducta en una especie de libertinaje desenfrenado. Las generaciones pasadas se escandalizan ante infancias y juventudes desafiantes frente a la autoridad adulta, relaciones sexo-afectivas superfluas y la cultura del escándalo y exhibicionismo de las redes sociales. Claro está que dicha lectura necesita ser pulida para considerar las múltiples aristas que intervienen en este supuesto desenfreno moral. Por un momento, le otorgaremos cierta credibilidad a estas ideas, puesto que esos valores y costumbres de generaciones pasadas, pertenecientes principalmente al periodo moderno, se

<sup>9</sup> *Argumentum ad verecundiam* alude a un argumento que busca persuadir apelando a una autoridad (Martínez & García, 1999).

fueron, en efecto, transformando durante la segunda mitad del siglo XX, lo que explica esa sensación de “pérdida”.

La nostalgia por el pasado desconoce, o más bien olvida, los motivos por los cuales esos valores han cambiado. Esos valores y normas sociales de la Modernidad esconden un mecanismo disciplinar que encauzaba a los cuerpos dóciles (Foucault, 2002). Sin embargo, los discursos asociados a ese poder disciplinario, homogeneizante y normalizador dejaron de ser hegemónicos y, por ende, de (re)producir las reglas que nos rigen socialmente. Con la Segunda Guerra Mundial, junto a la expansión globalizada del capitalismo, los valores modernos entraron en crisis (Ponce Ramírez, 2018) y nos precipitó hacia lo que Bauman (2014) denominó como la modernidad líquida. La invasión y dominio de la razón instrumental nos arrojó a una “pérdida de frenos”, caracterizada por la creciente fluidez, desregulación, liberalización, flexibilización, liberación de los mercados, entre otros. Esa “licuación” de aquella “solidez” del pasado llevó a la disolución de los vínculos entre las elecciones individuales y los proyectos y las acciones colectivas. La pérdida de los “sólidos modernos” lanza al sujeto a un escenario donde reina el vertiginoso avance de la era digital, que suscita, a su vez, veloces adaptaciones corporales y subjetivas a los nuevos ritmos sociales (Sibilia, 2012).

Esa sensación de vértigo o vacío por las pérdidas de los esquemas pasados se expresa en las aseveraciones del sentido común de una sociedad permisiva, laxa, ganada por el libertinaje extremo. No obstante, si bien las formas de poder disciplinar fueron confrontadas – aunque tampoco significa que éstas hayan desaparecido del todo – existen nuevas formas de control social. Las sociedades de control, descritas por Deleuze (2006), revelan modalidades de control continuo y de comunicación instantánea, donde la vigilancia no se limita a las instituciones de encierro sino que se despliega en toda la actividad del consumo, con huellas que permiten “ubicarnos”, sin ser plenamente conscientes de ello, con el fin de “orientar” nuestro consumo así como – agregamos – “orientar” el voto<sup>10</sup>. El desplazamiento de los mecanismos de control no implica una ausencia de coacciones, sino que los modos de hacerlo han cambiado. Como señala Sibilia (2012), introduce sus propios valores sociales, dando lugar a nuevas configuraciones de “modos de ser”. La capacidad de reciclarse continuamente y en veloz sintonía con las tendencias globales, el goce constante, la búsqueda de celebridad y reconocimiento inmediato, la satisfacción instantánea, la belleza, la juventud, entre otras, son las habilidades y aptitudes que mejor cotizan en el mercado de valores contemporáneo. Ya no se trata de un sujeto disciplinar encauzado por los mecanismos de control y vigilancia de los

<sup>10</sup> Nos referimos a la manipulación a través del uso de algoritmos en las redes sociales que fue utilizada por *Cambridge Analytica* para orientar la intención de voto.

cuerpos, sino de un sujeto de rendimiento, como lo teoriza Han (2017), con el modal positivo del poder sin límites, el “*yes, we can*”, que lo vuelve preso del imperativo de lograr el máximo de su potencial, generando una explotación de sí mismo.

En este sentido, los valores de la modernidad líquida no son más laxos, y hasta podríamos decir que son tan opresores como lo eran los modernos. Los valores estéticos de cuerpos perfectos y esbeltos exigen una imagen corporal idealizada que termina por desencadenar trastornos dismórficos y alimentarios. Los imperativos de una vida sexual plena y satisfactoria, por más hedonista que parezca, derivan en desórdenes sexuales que surgen ante la dificultad de cumplir con tales demandas. Las exigencias de productividad y desempeño provocan estados de ansiedad y estrés agudos, mientras la ausencia de empleo genera cuadros depresivos en sujetos de rendimiento que creen ser los únicos responsables de su supuesto fracaso. No hay nada de *laissez-faire* en el contexto vigente, solo han cambiado los imperativos sociales: la productividad y eficiencia se convirtieron en valores más primordiales y tan coercitivos como los códigos morales y éticos de la modernidad sólida.

Ahora bien, la mirada de este individuo centrado en sí mismo sólo percibe la pérdida, decadencia y corrupción de las “viejas costumbres”. No es menos cierto que muchas de las luchas de las minorías sociales chocaron contra los muros de la sociedad disciplinaria, que las percibía como problemáticas o *anomias* dentro de su maquinaria normalizadora. Estos colectivos fueron resquebrajando esos valores modernos en busca de una liberación, visibilidad y adquisición de derechos. No obstante, esa lucha por la liberación o, por qué no, la libertad vinculada a la emancipación, empezó, en cierta medida, a desvirtuarse en una suerte de individualismo extremo, propio de los años 90. La libertad se convierte así en un eslogan de *marketing* neoliberal que fagocitó las luchas sociales, para incorporarlas a la lógica del consumo.

Esa fagocitación se asienta en el famoso “fin de las ideologías”. Este lema, siguiendo a Rodríguez et al. (2002), declara al neoliberalismo como único e indiscutido vencedor de la economía global. De ese modo, asume una forma, sin precedentes, de reclamar una relación con la ciencia y el progreso, sobre todo económico, descartando al pensamiento progresista como arcaico. Bajo esta premisa, impera una supuesta resolución “no violenta” a los conflictos políticos, mediante “soluciones de compromiso” y “acuerdos” entre partidos, agrupaciones y facciones políticas opuestas (Cotarelo, 1975). Al margen de que esos “acuerdos” no son tales, esa resolución es “no violenta”, en tanto, no usa los llamados aparatos represivos estatales, pero sí usa otras estrategias de sujeción ideológica más sutiles. La “campana sucia”, que incorpora el arsenal de *fake news*, constituye una estrategia

letal y efectiva contra las corrientes contra-hegemónicas, tal vez aún más que la censura o persecución<sup>11</sup>. Además, estos mecanismos pueden ser juzgados de autoritarios en una sociedad que se dice “libre” y “democrática”. Se aparenta una suerte de “convivencia con las diferencias”, donde sectores privilegiados no se enfrentan directamente con los colectivos que luchan por la ampliación derechos, mientras éstos no se conviertan en verdaderos adversarios que disputen los lugares de privilegio y poder. Lo importante para estos sectores es que sigan siendo funcionales al mercado y se rijan por los imperativos, como dijimos anteriormente, de exitismo y productividad, relegando a un segundo plano los valores relativos al comportamiento “moralmente adecuado”. Ahora bien, este debilitamiento de las restricciones morales nos precipitó hacia una “libertad” a ultranza, alimentando un individualismo exacerbado que segrega en lugar de consolidar contratos sociales. El egoísmo o capricho empiezan a confundirse con derechos y libertades individuales, y allí radica esta sensación del “todo vale” que asusta tanto a les nostálgiques de las viejas costumbres, como a quienes se dicen progresistas y sienten que se han desvirtuado sus luchas pasadas.

¿Cómo es que el neoliberalismo de los 90’, aquel que fagocita las luchas sociales y permite cierto accionar medido de las mismas, es el cuestionado por el pensamiento libertario, por más que su agenda económica sea prácticamente la misma? ¿Por qué lo cuestiona cuando forman parte de la misma doctrina económica? Por un lado, el movimiento libertario necesita introducir como un modelo novedoso a esa suerte de liberalismo *ad hoc* para, en definitiva, reinstalar una agenda neoliberal frente al “avance del populismo”, en especial en los países latinoamericanos. Por otra parte, no hay que olvidar que gran parte de su público lo constituyen creyentes que se ven horrorizados por la destrucción de las viejas costumbres. En el imaginario social siguen rigiendo ideas que, aunque algunos grupos califiquen de “ortodoxas”, gran parte de la población abraza. En efecto, el moralismo judeo-cristiano sigue vigente en nuestras formas de vida, al punto de influir en las políticas de un Estado que se supone laico. Es que, quizás, lo que caracteriza a los tiempos de la modernidad líquida no sea la imposición coercitiva de un pensamiento único, sino más bien, una ideología dominante que encuentra nuevas formas de ocultarse, dando lugar a una supuesta libertad de expresión. Se esgrime la apariencia de una “convivencia” de heterogeneidad de ideas y

<sup>11</sup> Podemos mencionar, entre tantos casos, la desaparición de Santiago Maldonado y el asesinato de Rafael Nahuel en 2017 que fueron sucesos claves en la visibilización de la lucha de los pueblos nativos del sur por la defensa de sus tierras. Sin embargo, bajo importantes figuras políticas y una maquinaria mediática cómplice, se instrumentalizó una campaña de criminalización contra la comunidad mapuche, que fue catalogada de terrorista (Circosta, 2021), logrando, de ese modo, desprestigiar su lucha y dejar impune a les perpetradores de estos crímenes merced a una justicia cómplice.

pensamientos que comprenden desde grupos conservadores hasta movimientos de izquierda y minorías sociales (con sus múltiples subdivisiones, también en tensión y conflicto, en el seno de los mismos). Pululan, pues, microrrelatos que se enfrentan en “guerras ideológicas” que nos polarizan cada vez más, donde el eje ordenador del conflicto es la posverdad que introduce la consigna individualista de que cada uno “elija su propia aventura”. En esta posverdad, cualquier pensamiento parece válido si tengo la libertad de pensarlo, y allí radica el poder y validación de los movimientos neoconservadores.

En el seno del discurso libertario se encuentra el *backlash* contra las luchas de las minorías sociales. La insistencia de la moralidad de los libertarios esconde el objetivo de “captar” a los opositores de los movimientos a favor de la ampliación de derechos (si es que ellos mismos no fueron o son de parte de grupos negacionistas o de extrema derecha). En los últimos años, el activismo ambientalista, el feminismo, los pueblos originarios, entre otros, dejaron de ser luchas “minoritarias” para ocupar un lugar en la agenda de los gobiernos. Además, se expandieron al terreno mediático, lo que contribuyó a su alcance masivo. Al margen de que esta inclusión pueda caer en un espejismo para conformar a un “público progresista” – que es parte de la fagocitación del neoliberalismo que señalamos antes – estos movimientos han ganado un protagonismo tal que ya no pudieron ser ignorados por amplios sectores de nuestra sociedad.

Lo cierto es que, ante dicha masividad, las minorías sociales se convirtieron en blanco de los prejuicios y condenas, tanto para un público más ortodoxo como para personas “apolíticas” que conocen poco y nada acerca de sus luchas. En particular, el feminismo y el colectivo LGTB+ buscan romper con los esquemas tradicionales y preconcepciones, usualmente de forma bastante escandalosa y disruptiva. Para quienes no son parte de estos movimientos, estas manifestaciones e intervenciones pueden percibirse como “aberraciones”, “perversiones” o “incoherencias”, motivo por el cual es esperable que se aferren, o busquen el regreso, a los valores estéticos y morales de épocas pasadas. Al sentirse lejanos o incluso horrorizados por esas luchas, empiezan a aparecer esos temores referidos al “¿no será mucho?”, “¿hasta qué punto llegarán?”. El miedo al declive moral es propio de esa resistencia al cambio; ese vértigo vivenciado por la pérdida de las viejas costumbres en el que se asoma el temible fantasma de la *anomia* social.

A la percepción de que las luchas sociales “no me representan”, se le suma otro factor: la victimización, es decir, la creencia de que dichas luchas les han convertido en “victimarios”. En efecto, los movimientos indígenas y afrodescendientes pusieron en jaque a las personas “blancas”; el feminismo, al varón; el colectivo LGTB+, al *cis* género y heterosexual, entre otros. Personas comunes – quizás, con

su propia cuota de opresión por parte del sistema – pasaron a convertirse en “privilegiadas” y comenzaron a sentirse “atacadas” por quienes forman parte de estas luchas. Un claro ejemplo de ello es la polémica declaración del Javier Milei en la Feria del Libro, “no voy a estar pidiendo perdón por tener pene. No tengo por qué sentir vergüenza de ser un hombre, blanco, rubio de ojos celestes” (Milei prometió cerrar, 2022, párr.1). Esta afirmación refleja la actitud defensiva que adoptan estos sujetos privilegiados al sentirse “atacades” por parte de las minorías sociales. Cabe destacar que el interlocutor es una persona de clase acomodada y con un elevado *status* social, pero su enunciado apela a la identificación del varón de clase media que no goza de esos mismos privilegios económicos, pero que se siente “juzgado” por el simple hecho de ser hombre, blanco, *cis género* y/o heterosexual.

Claro está que esta mirada dista notoriamente del enfoque adoptado por los movimientos sociales a favor de la ampliación de derechos. No se trata de una “cacería de brujas”, sino de la deconstrucción de un sistema de creencias que, como diría Taylor (2017), instala una tecnología normativa del *self*, infundida de suposiciones coloniales, elitista, masculinistas y, podríamos agregar, heteronormativas. Sistema que, por cierto, se imprime en nuestra formas de construir la realidad desde una edad temprana y del que, incluso, quienes formamos parte de esas luchas, no terminamos de desarraigarnos. Sin embargo, las perspectivas teóricas y debates vigentes en el seno de estos movimientos son desconocidos para quienes no forman parte de los mismos, lo que conlleva a que lo sientan como “ataques personales” o lo vean como algo “absurdo”.

Estas percepciones y el concomitante rechazo hacia las luchas de las minorías sociales son retroalimentadas por – o bien se podría considerar consecuencia de – la difusión de *fake news* y “campanas sucias” que son propagados por diversos medios informativos, vale decir, programas televisivos en grandes medios de comunicación, perfiles de redes sociales, canales de *youtube* y las publicaciones impartidas por los mencionados *think tanks*. Algunos explícitamente libertarios, como “El Presto” o Dannan; otros menos explícitos en su apoyo a los ideales neoliberales y conservadores, cualquiera sea el caso, logran propagar una “ideología de odio” que atenta contra los movimientos a favor de la ampliación de derechos. Hoy en día, nos encontramos con la criminalización de la protesta piquetera y del reclamo de los pueblos nativos; con casos de “gatillo fácil” de las fuerzas policiales y linchamiento contra personas provenientes de barrios populares; femicidios, travesticios y otros crímenes de odio, como el caso de Higuí o la desaparición de Tehuel de la Torre, entre tantos. No podríamos afirmar que este tipo de violencias hacia los colectivos vulnerados sea reciente, en lo absoluto, pero la validación proveniente del discurso neoconservador retroalimenta su discriminación y crímenes contra ellos. Se va

sedimentando una lógica disyuntiva de mutuo rechazo que nos polariza cada vez más y, junto con el alcance masivo que comenzaron a tener las narrativas neoconservadoras, invierte los papeles. Ahora ellos son los oprimidos por una sociedad “políticamente correcta” que coartaba su “libertad”, el mayor valor para una sociedad en la que reinan los valores del mercado.

No debemos olvidar que la “ola conservadora” (re)surge a partir de los gobiernos que calificaron de “populistas”. En Argentina, las políticas K en materia de derechos humanos se proyectaron a demandas vinculadas con la igualdad de género, como las leyes de Matrimonio Igualitario e Identidad de Género, así como a la inclusión social de los sectores menos favorecidos mediante políticas de subsidios y becas (Mollis, 2016). Estas políticas democratizadoras del gobierno kirchneristas fueron percibidas para muchas personas como preferencias de las necesidades de las “minorías” por sobre las de las “mayorías” (cuestión, obviamente construida y reforzada por los medios de comunicaciones opositores). Sin lugar a dudas, la adquisición de mayores derechos por un colectivo no afecta al otro, sin embargo, la narrativa libertaria tiñe al discurso “políticamente correcto” de una supuesta opresión impulsada por quienes designa como *Social Justice Warriors*<sup>12</sup>. La corrección política se asimila a una cultura de la queja, de la ofensa y la victimización de la izquierda (Dudda, 2016), que atenta contra la libertad de expresión, o mejor dicho, la libertad de agresión. Las luchas por la inclusión y el respeto por las diferencias se presentan, entonces, como una coacción de las libertades individuales, cuando, en realidad, quieren continuar, negando, discriminando y violentando a otros sin ser juzgados.

No sólo se revirtieron los papeles, sino también los *slogans*. Se resignificaron términos o frases propias de las minorías sociales para revertir su sentido y convertirse en las “víctimas” de esas luchas, tales como *White Live Matter*<sup>13</sup> o *Men's Rights Advocate*<sup>14</sup>. Lo mismo sucede con la noción de lo “políticamente correcto”. De hecho, el término de corrección política fue adquiriendo múltiples significaciones a

<sup>12</sup> *Social Justice Warriors* (SJW), traducido como “guerreros de la justicia social” o “justicieros sociales”, se utiliza, mayormente en países del norte, para designar peyorativamente a quienes forman parte de movimientos por la ampliación de derechos, tales como el feminismo, multiculturalismo, etc.

<sup>13</sup> *White Live Matter*, que se traduce como “las vidas blancas importan”, es un eslogan proveniente grupos supremacistas blancos estadounidense en reacción a *Black Lives Matter* (“las vidas negras importan”), movimiento que surgió a raíz de los múltiples casos de racismo y abuso policial hacia la comunidad afroamericana (Place, 2021).

<sup>14</sup> *Men's Rights Advocate* (MRA), que puede ser traducido como “Defensa por los derechos del hombre”, es un movimiento anti-feminista que se concentra en “La Manosfera” (*The Manosphere*), un compendio de sitios web, blogs y foros en línea que promueven ideas misóginas, tales como la legalización de la violación en el matrimonio o las “venganzas” hacia mujeres (femicidios) por “forzar” a los varones a “celibatos involuntarios”, es decir, por no estar dispuestas a tener relaciones sexuales con ellos (Blaff, 2021).

lo largo de la historia, con connotaciones positivas hasta su uso de forma de satírica. Paradójicamente, los primeros en calificar de forma irónica a la corrección política fueron los izquierdistas radicales, señalando socarronamente a quienes seguían al pie de la letra la línea partidaria dentro de sus camaradas (Aguilar, 2017). De esta manera, con esta subversión de los conceptos provenientes de las minorías sociales y los movimientos de izquierda, se presenta a las ideas conservadoras como “revolucionarias”. En este giro lingüístico se busca volver a invertir el tablero para que la lucha por los derechos de las minorías sociales sea demonizada. Busca que retornen a su lugar de exclusión y *anomia* social, de otredad que debe ser invisibilizada o, a lo sumo, corregida. En la nostalgia amnésica por un tiempo idealizado, en un mundo envuelto en ritmos veloces de cambios continuos, la vuelta al pasado se presenta como “novedosa”.

### 3.2 La política como “oveja negra”

El apolitismo no sería un aspecto novedoso del discurso libertario, por el contrario, se instala con el famoso “fin de las ideologías” que, como señala Cotarelo (1975), es una ideología en sí misma; aquella legitimadora del industrialismo avanzado. Bajo esta mirada, se asimila la ideología a un irracionalismo político y radical, con el fin de desmerecer o rechazar cualquier actitud o postura política que no coincida con el pensamiento dominante, ocultando su aspecto de clase, al presentar explícitamente su propuesta de organización económica y social como una “ciencia objetiva”.

Desde una mirada apolítica, se desdibujan las diferencias entre izquierdas y derechas, dando lugar a una proliferación de coaliciones o persistencia de bipartidismos que hace que pierda relevancia quiénes acceden al poder, ya que, en una mirada supuestamente ingenua, “todo es lo mismo”. Además, se intenta desvincular el rol clave de la política en la solución de problemas acuciantes como la pobreza, la indigencia, la inflación, el desempleo, entre otros, para dejarla en manos de las tecnocracias. De ese modo, el gobierno de los ciudadanos y su participación política va siendo progresivamente reemplazada por la administración de las cosas (Cotarelo, 1975).

A este apoliticismo se le agrega, si no es consecuencia de ella, la crisis de representatividad política. Nos encontramos frente a serias limitaciones del modelo de la democracia indirecta y representativa. En los últimos años, los medios de comunicación – y ahora las redes sociales – nos invaden de noticias de casos de corrupción política que han generado una pérdida de credibilidad hacia los dirigentes. Sin embargo, es iluso creer que la corrupción se circunscribe únicamente al entorno político, cuando gran parte de los negocios ilegales trascienden los espacios de gestión pública. En realidad esa “casta política” que nombran les

libertaries no representa más que el “chivo expiatorio” de los negocios ilegítimos y actos de corrupción de sectores con gran concentración de poder. Es la cara visible tras les CEO’s que manejan operaciones ilícitas dentro de sus múltiples empresas con el ocultamiento, el beneplácito o directamente la complicidad de los grandes medios de comunicación, si no son ellos mismos quienes dirigen los canales que nos informan.

Además, aprovechando esta “mala reputación”, partidos políticos y/o grupos económicos han recurrido al uso de *fake news* para desprestigiar a candidates opositores y orientar la intención de voto, estrategia utilizada mayormente contra los gobiernos socialdemócratas o populares. Recordemos que el pensamiento libertario engloba a todas las corrientes y partidos políticos que se oponen al suyo, a pesar de sus notorias diferencias, como el “comunismo en distintas escalas”. En este sentido, el “comunismo” aparece como el *establisment*, ya que el liberalismo clásico viró hacia la izquierda al instalarse en el aparato estatal (Milei, 2019). Entonces, bajo esta mirada, por más absurdo que parezca, lo que nos gobernó hasta ahora fue el “comunismo” (a excepción de ciertos mandatos reivindicados por sus principales referentes y referentas). Es que, en realidad, sus contrincantes no son los comunistes *per se*, que han perdido su poder desde la caída del muro de Berlín, sino esa “marea rosada” que fue ganando terreno a comienzos del siglo XXI.

En el contexto local, siguiendo a Mollis (2016), los doce años de gobierno de Néstor Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner se caracterizaron por la apuesta a un proyecto de país inclusivo y desarrollista, donde la intervención del Estado jugó un papel central en las políticas económicas. Desde sus inicios, el gobierno kirchnerista promovió un discurso “nacional y popular” orientado hacia la integración regional latinoamericana, logrando cierta independencia económica frente a los países del norte. Sin embargo, la llamada “ola conservadora” consiguió frenar ese camino que se iba sedimentando hacia la consolidación de un bloque latinoamericano autónomo, para volver a implementar medidas neoliberales que socavaran el desarrollo logrado, y que nos ataran, nuevamente, a la dependencia económica y vigilancia continua por parte de los organismos internacionales<sup>15</sup>. De ese modo, la caracterización de la política como “oveja negra”, las acusaciones generalizadas de corrupción, junto a la evidente complicidad de importantes

<sup>15</sup> Cabe destacar que, en el caso de nuestro país, estaríamos hablando del mandato presidencial de Cambiemos (2015-2019), que, también, podemos considerarlo un partido que se circunscribe dentro del neoconservadurismo. Sin embargo, a diferencia de Libertad Avanza, que se adjudica el título de “libertaries”, oculta más su carácter ideológico – estrategia, como decíamos antes, utilizada mayormente en los 90’ –, mientras que sus miradas e ideas conservadores, afines a los puntos mencionados, se traslucen más en sus decires de forma implícita: la queja sobre el populismo, los supuestos privilegios de los grupos vulnerados, etc.

sectores del Poder Judicial, se volvieron herramientas poderosas y efectivas para perseguir opositores y/o desalojar a gobiernos elegidos por el voto popular a través de los llamados “golpes blandos”, como fue el caso de Dilma Rousseff y Evo Morales.

Ahora bien, volviendo a la denominación que hacen les libertaries de la “casta política”, cabe destacar dos puntos que construyen ciertos sentidos en el imaginario social. Por un lado, en esta noción subyace un rechazo generalizado que reduce toda actividad política a lo partidario. De esa manera, las luchas de las minorías sociales así como otros activismos que trascienden, y hasta critican, a los partidos políticos se les atribuye el mismo título, quedando atrapados en discursos de odio que se dirigen, en verdad, a la clase política dirigente. Odio que es, a su vez, reforzado por las *fake news* dirigidas hacia esos movimientos (como la del supuesto financiamiento recibido por el filántropo multimillonario, George Soros), fabricadas por medios informativos e incluso por políticos que hablan como si no fueran parte de esa misma “casta política” que tanto critican. Por otro lado, la mencionada invasión de casos de corrupción política por parte de los medios de comunicación genera un recelo en la clase media y baja, que tiene que lidiar cotidianamente con precarias condiciones de supervivencia en una economía inestable, con altos índices de inflación, pobreza, desempleo, precarización laboral, en otras. En verdad, tales coyunturas son más fruto de las vicisitudes del propio sistema en que vivimos que de les mandataries de turno. Si bien las acciones de los gobiernos pueden ser escasas para cambiar esas realidades o, incluso, las refuercen y reproduzcan, tienen una consecuente relación con las fluctuaciones e irregularidades del propio mercado y su falta de auto-regulación. No obstante, no podemos esperar que los medios de comunicación – que no dejan de ser parte de grupos privilegiados – develen que gran parte de nuestros problemas económicos recaen en su concentración de riquezas. Es preferible seguir culpando a les funcionaries politiques por su ineficacia, que reconocer que la gran mayoría de nuestros problemas sociales son causados por un mercado que poco y nada logra regularse.

De esta manera, el discurso apolítico logra proyectar el odio hacia las figuras políticas mientras se resigna al desgano y al cinismo, anulando todo tipo de cuestionamiento y, por ende, de posibilidad de transformación de la realidad social. Es que la apatía política es el fin del compromiso político, que supone el triunfo de la ideología del conformismo (Cotarelo, 1975). Por eso, el movimiento libertario no busca el cuestionamiento de la política como un modo de romper con una lógica conformista o de emanciparnos de un modelo socioeconómico cada vez más desigual y excluyente. No lo hace porque es, después de todo, una facción política que disputa lugares de poder y privilegio. Por tanto, no utiliza la crítica a les politiques para despertar un sentimiento revolucionario en sus seguidores y

seguidoras, sino que se apoya en ella, y la instrumentaliza, para aumentar cuantitativamente su sequito, aprovechando la disconformidad hacia las formas actuales de representación política.

### 3.3 Enaltecimiento del individuo y la paradoja de la sumisión al mercado

El apoliticismo, con su desligue de nuestro rol como sujetos políticos, se asocia intrínsecamente con el epítome de nuestros tiempos: el individualismo. Individualismo que ubica como bien mayor y máspreciado a la “libertad”, convertida en un eslogan neoliberal, vacío de contenido, que en el fondo no es más que un espejismo de las relaciones de poder que nos sujetan a las lógicas del mercado. En efecto, la amplitud de selección abierta para un individuo, como señala Marcuse (1993), no determina el grado de libertad humana. La libre elección de les ames no suprime la lógica de servidumbre, tampoco es libertad escoger entre una amplia variedad de bienes y servicios que, en efecto, se sostienen en controles sociales sobre una vida de esfuerzo y temor. Como sujetos consumidores, nos percibimos “libres” por gozar de los beneficios de lo que el autor describe como sociedad opulenta, a la par que debemos estar dispuestos a sacrificarnos y auto-explotarnos para gozar de tales beneficios, incluso en trabajos informales que pocas veces elegimos. A fin de cuentas, ni siquiera somos libres de escoger a nuestros ames.

De esa falsa libertad se sostienen las economías neoliberales y el liberalismo *ad hoc* del pensamiento libertario. Específicamente, en la narrativa libertaria se encontrará una gran insistencia en las conceptualizaciones pertenecientes a la teoría liberal de la escuela austriaca en torno a esa noción de “libertad”. Cabe preguntarse, ¿cuál es la necesidad de que personas comunes y corrientes, que nada sabemos sobre economía, tengamos que conocer los detalles de una teoría del campo disciplinar? Es que los conceptos de la escuela austriaca son por demás funcionales para reivindicar la filosofía del libre mercado. Ciertos conceptos son claves para argumentar, no sólo una vuelta al neoliberalismo, sino una nueva filosofía de mercado que trascienda el plano económico, para constituir una “filosofía de vida” donde imperen las libertades individuales.

La teoría subjetiva del valor de Menges (1985), citada numerosas veces por referentes libertaries, nos da una pista de ello. En esta teoría se establece que el valor de un bien depende de la valorización que los individuos hacen frente a la satisfacción de sus necesidades personales y no de la cantidad de trabajo u otros medios de producción empleados para su elaboración. Es decir, el valor de un bien no sería equivalente al bien en sí mismo, tampoco comprendería una propiedad o característica de éste, sino que se trata del valor intrínsecamente subjetivo –

entiéndase individual y personal – que cada persona le otorga a ese producto (Stavisky, 2018). La relevancia de esta teoría no recae en constituir una crítica a la teoría marxista – que, por otro lado, tampoco la termina por cuestionar del todo<sup>16</sup> – sino en el desarrollo de una ciencia económica que, como señala Stavisky (2018), excluya toda perspectiva histórica. Lo que la teoría subjetiva del valor logra, al adscribir el valor de los bienes a las necesidades de sus consumidoras y consumidores, es que los orígenes de la mercancía se vuelvan irrelevantes. De este modo, se desdibuja la figura del obrero y de las relaciones de producción que le oprimen. La figura del proletario es sustituida por la de un sujeto activo, libre y potencialmente idóneo para realizar una evaluación de las oportunidades que se le presentan, así como de auto-valorizarse, como una especie de emprendedor para sí mismo (Stavisky, 2018).

De igual forma, el pensamiento de la escuela liberal austriaca abraza una concepción de mercado como una suerte de entidad abstracta que sigue arbitrariamente sus propias reglas, y que los sujetos no tenemos más remedio que acomodarnos a ella. En palabras de Hayek (1997), en el mercado, la combinación particular de bienes y su distribución entre los sujetos se dan por circunstancias imprevisibles; es como si hubiéramos aceptado participar en un juego, que depende parcialmente de nuestras habilidades y, el resto, de la suerte. El azar propio de la competencia, como señala Stavisky (2018), aparece de este modo como el resultado de la imprevisibilidad inherente a la organización espontánea, variable e invisible del mercado. Bajo esta perspectiva, no se vuelve posible la regulación de un poder central – entiéndase, Estado – ya que el mercado posee su propio orden; espontáneo, variable e impredecible, donde la competencia es un juego de resultados azaroso que, virtualmente, beneficiaría al conjunto de los jugadores. De esta manera, la actividad del Estado se limita a conceder a los individuos la libertad en todo lo que dependa de sus circunstancias en el tiempo y espacio, puesto que sólo

444

---

<sup>16</sup> La teoría subjetiva del valor sólo crítica un aspecto de la teoría marxista, aquel que establece que el valor de un producto no sería determinado por el trabajo invertido en él. Además, sus argumentos no terminan por refutar esta premisa, de hecho, se trata de una diferencia de perspectivas. La teoría marxista se centra en el proceso de producción dentro del cual el valor de un producto, explícitamente, su precio, va a ser determinado por la cadena de producción. Si bien puede haber variaciones dentro del mercado por el juego de la oferta y demanda, los precios deben ser estimados por el cálculo de gastos que se llevaron a cabo para producirlo, de otro modo, el capitalista no obtendría ganancias. En cambio, la teoría subjetiva del valor está concibiendo el producto desde la perspectiva de quien consume, es decir, el cliente, que se acerca al bien para satisfacer su necesidad y le otorga un valor de acuerdo a sus significaciones subjetivas. Bajo este criterio, una perspectiva no anula a la otra y, en todo caso, termina por argumentar a favor de otra teorización propia de la teoría marxista, el fetichismo de la mercancía. Creer que un bien tiene un valor propio que le otorga cada persona es parte de concebir a los productos como objetos aislados de quienes los producen.

los sujetos pueden conocer plenamente estas circunstancias y adaptar sus acciones a ellas.

Si bien nada de esto nos parece novedoso para quienes ya veníamos acostumbrados a la insistencia del pensamiento neoliberal por reducir la actividad del Estado a su mínima expresión, esta premisa encierra dos supuestos que merecen atención. En primer lugar, un enaltecimiento del individuo que, aunque su actividad se reduce a adaptarse a las reglas de juegos del mercado, se lo carga de una supuesta autonomía frente al poder político. De ese modo, se establece que la intervención estatal sería una reducción de sus libertades individuales ya que el mismo puede auto-regularse plenamente. Se trata de esa falsa libertad, mencionada previamente, que convierte a la intromisión del Estado en una restricción de las libertades individuales, una “amoralidad” en sí misma. La necesidad de su existencia llega a ser cuestionada en un universo donde la intervención estatal se vuelve aprehensiva, que además, por si fuera poco, es llevada a cabo por la desprestigiada “casta política” que ya no nos representa y en la que proyectamos todo nuestro odio y resentimiento social.

Por otra parte, en esta idea del mercado como una entidad abstracta subyace una lectura de la realidad social despojada de todo tipo de análisis del contexto socio-histórico. De ahí la “a-historicidad” del discurso libertario. Si bien podría considerarse un desconocimiento de su parte, si tomamos en cuenta lo expuesto anteriormente, se puede estimar que la falta de mirada histórica en su lectura es más bien intencionada. Bajo la narrativa libertaria, las realidades sociales se descontextualizan, perdiendo los matices políticos, culturales e históricos que las envuelven, para ser reemplazadas por modelos explicativos formales e idiosincrásicos, basadas en las leyes matemáticas del mercado, que poco contemplan en sus cálculos las crisis económicas y desigualdades sociales.

Lo mismo ocurre con el juego retórico de las falacias argumentativas. En verdad, la acción del señalamiento de falacias no derrota el argumento de le otre<sup>17</sup>, además de que los mismos libertaries cometen falacias en su discurso, tales como generalizaciones indebidas al agrupar a movimientos políticos disimiles bajo el rótulo de “comunismo”, o falacias *ad hominem* cuando tratan de ignorantes a quienes les cuestionan, entre otras. Es que si quienes se oponen a ellos emplearían este mismo recurso retórico, terminaría por reducir el debate a rebatir aspectos formales del discurso, ignorando el tema en cuestión. Es que tal es el objetivo de su

---

<sup>17</sup> Las Falacias de Relevancia, que usualmente son señaladas por libertaries, refieren a aspectos subjetivos del debate o del modo en que los argumentos son enunciados. Este tipo de falacias no se basan en la lógica o el sentido común, sino en emociones que favorecen a aquellos que enuncian mejor los argumentos. Por ende, no constituyen un defecto en sí, depende de la temática y no necesariamente del proceso de discusión (Martínez & García, 1999).

lógica discursiva. En este juego de supuestas derrotas argumentativas se esconde una reducción de la lectura de los fenómenos sociales a procesos abstractos. Al llevar el plano de la discusión a factores tales como incongruencias lógicas, se anulan los contenidos de lecturas *in situ* que cuestionan el modelo neoliberal.

Por eso, el excesivo formalismo del pensamiento libertario y la lectura a-histórica de los procesos de producción no es un descuido arbitrario, es una decisión política para socavar cualquier intento de cambio social. Por el mismo mecanismo que enaltece al individuo, paradójicamente, lo termina oprimiendo. Tal como afirma Stavisky (2018), bajo la lógica del mercado como sistema auto-regulado, los individuos no tienen más remedios que adaptarse a los cambios inherentes del mismo. En lugar de cambiar las condiciones en que vivimos, se exige que nosotros cambiemos de acuerdo al ritmo, dirección e intensidad de las variabilidades del mercado. La competencia obliga a una adaptación que, en ese mecanismo de sujeción, se contradice con la premisa neoliberal del individuo como sujeto activo y libre. De ese modo, abrazando el discurso de “libertad”, es como terminan subyugándose a un sistema que creen que nada es posible hacer para cambiarlo.

#### 4. Conclusiones

En el presente escrito buscamos acercarnos a la narrativa libertaria para analizarla dentro de su propia lógica, dado que, aunque ciertos componentes de su discurso puedan ser cuestionados desde una lectura situada, los mismos constituyen estrategias tácticas que consiguen atraer, y con éxito, por cierto, a gran parte de las subjetividades contemporáneas; esos nuevos “modos de ser”, fruto de la impregnación del modelo económico productivo sobre las normas y ritos sociales. En este análisis intentamos dar cuenta de cómo el horror por la decadencia moral, el apoliticismo reforzado por el odio a la “casta política” y el enaltecimiento del individualismo extremo son instrumentalizados por la retórica libertaria para recomponer la hegemonía del proyecto neoliberal. A través de la resucitación de viejos relatos y la subversión de roles y *slogans*, que demonizan las luchas de las minorías sociales, así como los gobiernos afines a sus causas, logra introducir ese liberalismo *ad hoc* como “salvador” del temible avance de la izquierda en la región.

Este desarrollo no pretende ser exhaustivo de los distintos vectores desde los que se puede abordar la construcción de la narrativa libertaria, se trata más bien, de una contribución más que se suma a las múltiples miradas y abordajes de pensadores preocupados por el crecimiento de estos movimientos en el país y en el mundo. Esperamos que esta reflexión, así como muchas otras que puedan llevarse a cabo, ayude a visibilizar los supuestos que se esconden tras la retórica de estos grupos

para, de ese modo, desarmar y neutralizar las estrategias dirigidas, sobre todo, a aquellos sujetos oprimidos por el mismo modelo que defienden.

## Referencias bibliográficas

- Blaff, A. D. (30 de noviembre, 2021). Saving Men from the Men's Rights Movement. *Institute for Family Studies*. Recuperado de <https://ifstudies.org/blog/saving-men-from-the-mens-rights-movement>
- Bauman, Z. (2004). *Modernidad líquida*. Fondo de cultura económica.
- Circosta, Carina. (2021). Mapuche terrorista. Pervivencia de estereotipos del siglo XIX en la construcción de la imagen del "indio" como otro/extranjero en la coyuntura de la Argentina actual. *Cuadernos del Centro de Estudios en Diseño y Comunicación. Ensayos*, (96), 184-202. <https://dx.doi.org/10.18682/cdc.vi96.3938>
- Cotarelo, R. (1975). Acerca del fin de las ideologías en las sociedades industriales avanzadas. *Revista de estudios políticos* (203), 237-244.
- De Jesús Mendoza Vanegas, E. (31 de enero de 2021). El comunismo. *Students for liberty*. Recuperado de <https://studentsforliberty.org/eslibertad/blog/el-comunismo/>
- Deleuze, G. (2006). Postdata sobre las sociedades de control. *Teoría del Arte*, 1 (14/15), 183-189.
- Dudda, R. (2016). Trump y la ideología de lo políticamente correcto. *Letras libres* (177), 70. Recuperado de <https://letraslibres.com/revista-espana/trump-y-la-ideologia-de-lo-politicamente-incorrecto/>
- Fischer, K., & Plehwe, D. (2013). La formación de la sociedad civil neoliberal en América Latina: redes de *think tanks* e intelectuales de la nueva derecha. En Ramírez, H. (comp.) *O neoliberalismo sul-americano em clave transnacional: enraizamiento, apogeu e crise* (58-78). Editora Oikos.
- Foucault, M. (2002). *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*. Siglo XXI Editores Argentina.
- Han, B. C. (2017). *La sociedad del cansancio*. Herder Editorial.
- Hayek, F. A. von. (1997). El uso del conocimiento en la sociedad (E. Plaza, trad.). *Revista Española de Investigaciones Sociológicas* (80), 215-226.
- Hayek, F. A. von. (2007). *Camino de servidumbre* (J. Vergara, trad.). Alianza editorial.
- Marcuse, H. (1993). *El hombre unidimensional. Ensayo sobre la ideología de la sociedad industrial avanzada*. Planeta-De Agostini.
- Martínez, D. C., & García, A. J. (1999). Significancia de las falacias en los sistemas argumentativos. En *V Congreso Argentino de Ciencias de la Computación*. Conferencia llevada a cabo en el congreso de la Red de Universidades Nacionales con Carreras de Informática, Tandil.
- León, C. (13 de octubre, 2018). Brasil: Los niños de la calle, los escuadrones de la muerte, el «Ejército de Dios» para «combatir al demonio que todavía vive en el país» + Bolsonaro. *Diario La Quinta*. Recuperado de <https://diariolaquinta.cl/2018/11/13/opinion-brasil-los-ninos-de-la-calle-los->

escuadrones-de-la-muerte-el-ejercito-de-dios-para-combatir-al-demonio-que-todavia-vive-en-el-pais-bolsonaro-por-cristian-leon/

Menges, C. (1985). *Principios de economía política* (M. Villanueva, trad.). Hyspamerica.

Milei, J. (2019). *Libertad, libertad, libertad: Para romper las cadenas que no nos dejan crecer*. Galerna.

Milei prometió cerrar el Ministerio de la Mujer: "No voy a pedir perdón por tener pene". (15 de mayo, 2022). *La Capital*. Recuperado de <https://www.lacapital.com.ar/politica/milei-prometio-cerrar-el-ministerio-la-mujer-no-voy-pedir-perdon-tener-pene-n10015985.html>

Mollis, M. (2016). La educación superior universitaria en los tiempos de Néstor y Cristina Kirchner. *Revista de Educación Superior del Sur Global-RESUR*, 1(1), 72-102.

Puello-Socarrás, J. F. (2013). Ocho tesis sobre el Neoliberalismo (1973-2013). En Ramírez, H. (comp.) *O neoliberalismo sul-americano em clave transnacional: enraizamento, apogeu e crise* (13-57). Editora Oikos.

Ponce Ramírez, J. L. (2018). La crisis de la modernidad. *Luxiérnaga. Revista de Estudiantes de Filosofía*, 8(15), 61-75.

Place, N. (29 de octubre, 2021). A Black influencer went undercover with White Lives Matter - this is what she learned. *Independent*. Recuperado de <https://www.independent.co.uk/news/world/americas/tiktok-facebook-white-lives-matter-b1947415.html>

Roa, C. (2016). Changing tides: on the political changes occurring in Latin America. *Center for International Relations and Sustainable Development [CIRSD]*. Recuperado de <https://www.cirsd.org/files/000/000/001/84/28a312aacd85d1ba1d48ca662701891af25b3096.pdf>

Rodríguez, I.; Solanas, P; Giardinelli, M; & Gorodischer, A. (18 de julio, 2002). Los intelectuales y la crisis. *Revista Veintitrés*.

Sibilia, P. (2012). La escuela en un mundo interconectado ¿Redes en vez de muros? *Revista Educación y Pedagogía*, 24(62), 135-144.

Stavisky, S. (2018). La teoría subjetiva del valor como fundamento de la figura del empresario en la obra de Hayek. *Revista de la Carrera de Sociología*, 8(8), 427-449.

Taylor, C. (2016). Is a posthumanist *Bildung* possible? Reclaiming the promise of *Bildung* for contemporary higher education. *High Educ.* 74, 419-435.

Vásquez Salazar, C. O. (2020). La restauración conservadora en América Latina. *TLA-MELAU*, *Revista de Ciencias Sociales*, 14(48), 195-209.